

El Museo del Mar

QUINTÍN CALLE CARABIAS

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA MALAGUEÑA DE HUMANIDADES SANTO TOMÁS

Martes, 18 julio 2006, 02:00



A Miguel López Mateo, marino de toda la vida, que ha cabalgado a lomos de las cálidas olas del Mediterráneo y de las frías atlánticas del Mar del Norte, le duerme tanto la historia de las grandes hazañas bélicas de la Armada como le hastía el olvido de las pequeñas gestas de los marengos de la tralla

«Marengo» y «tralla» son voces tan malagueñas, tan propias de esta tierra y de este mar que el mismo Diccionario de la Real Academia Española les rinde homenaje. Del marengo dice escuetamente: «Mál. Pescador u hombre de mar». De la tralla, en su cuarta acepción -relativa a las faenas del mar-, dice: «Mál. Utensilio de que se valen los pescadores para sacar a flote el copo.» A veces se ve escrito «traya», por la deficiente diferenciación fonética entre /ll/ e /y/, y en consecuencia no lo recoge el DRAE. También se habla de «traíña», pero tralla y traíña son artes de pesca distintas tanto por su origen como por su función. La voz «traíña», de origen gallego, hace referencia a una «red extensa que se cala rodeando un banco de sardinas para llevarlas así a la costa» (DRAE). La modalidad malagueña de traíña consiste, en cambio, en cerrar la red en torno al barco hasta coger el pescado con cestos. Por extensión, se denomina también así a la barca, más propiamente «trainera» o incluso «baca» -recogido como regionalismo en el Diccionario del Español Actual de M. Seco y otros-. El parónimo «traílla», cuya similitud podría igualmente asimilarlo a «tralla», nada tiene que ver semánticamente con él, pues es la «cuerda o correa con que se lleva al perro atado a las cacerías, para soltarlo a su tiempo».

MLM, amante hasta la locura de ese mundo marinero que es el suyo -y el de tantos que, habiendo dado nombre y reputación a la gastronomía malagueña, no alcanzarán nunca a oír las sonoras trompetas de la

fama-, ha emprendido por su cuenta y riesgo (económico) una labor callada y costosa, pero digna de un titán y de mejor acogida entre los suyos.

La casualidad hizo que Ángel Rodríguez Cabezas, vicepresidente de la Academia Malagueña de Humanidades Sto. Tomás y Facultativo asimismo del Cuerpo Médico de la Marina Civil, recibiera un día en su consulta a un paciente del que, en principio, nada podía interesarle sino su estado de salud. El Dr. Rodríguez Cabezas, tan largo en sabiduría como próximo en trato, es de los que aún gustan de escuchar al hombre que, oculto tras el síntoma inoportuno que inmerecidamente ocupa su primer interés, sigue ahí, expectante. Y le oyó la historia de su vida, que hablaba del mar.

Así fue como esta joven institución humanística malagueña recibió de MLM su amable invitación a visitar su museo, hoy sólo familiar y privado; mañana -es su deseo y el nuestro-, herencia de todos los malagueños. Asistimos ese día -imborrable para quien esto escribe- el ya citado Dr. Rodríguez Cabezas, otros dos miembros de la Academia, Juan Manuel Muñoz Gambero, experto en arqueología y descubridor del sitio arqueológico denominado «Cerro del Villar»; Esteban Alcántara Alcaide, militar en la reserva, licenciado en historia y asesor de la «Asociación Torrijos», tan ligada de hecho y por derecho al acontecer de las playas de la Misericordia; y dos expertos marinos: José Cano Rosa, marengo también él en su juventud e hijo de marengos, que -para sorpresa suya incluso- habían faenado con nuestro anfitrión; y Alberto López Malax-Echeverría, patrón de velero.

Miguel López M., sabio del mar, había emprendido hace años la tarea de adquirir, restaurar y conservar todo lo que encontraba a su paso relacionado con su mar, a ese gran desconocido del que los profanos sólo solemos percibir el aroma profundo de la salina y el frescor de la brisa. Su casa es almacén de efectos marinos de desecho y taller de reparación; residencia y museo. Material despiezado, abandonado a la intemperie y corroído por el óxido y el salitre, vuelve a salir de sus manos convertido en instrumento práctico de navegar, tan pulido y reluciente como probablemente nunca lo estuviera en sus mejores días. Sextantes, octantes, buzos, compresores manuales y mecánicos, medidores de velocidad (cuentanudos), orientadores de rumbo, cuadernos de bitácora, libros de contratación, maquetas en miniatura, barcos a escala Innumerables objetos que MLM ha rescatado y resucitado, pues todos han recobrado vida en sus manos.

Por ascendencia familiar Miguel López M. guarda relación con otras provincias costeras andaluzas que ya han declarado su interés por hacerse con tal tesoro. Sin embargo, antes que su relación familiar,

están sus propias vivencias personales en estas tierras y en estos mares, razón más que suficiente para preferir legarlo en herencia permanente a los malagueños.

Nadie aprecia lo que desconoce ni defiende lo que ignora poseer. Para que un museo de esta índole -tan único que aún no existe- pueda llegar a valorarse y apreciarse, primero debe dársele la oportunidad de existir y desarrollarse -¿cuántos, quizás, teniendo olvidados en un rincón de sus casas instrumentos de esta naturaleza, no los darían siquiera fuera en depósito a un museo así?-. Y segundo, debe ofrecerse a los malagueños la oportunidad de contemplarlo. Y el parecer de esta Academia de Humanidades es que difícilmente se entendería una remodelación del puerto para integrarlo en una ciudad hija del mar, que excluyera de sus planes un espacio tan propio.

Un museo es siempre un memorial y un homenaje, el trasunto de la vida de unos hombres que hicieron posible una comunidad, un acopio de sus conocimientos e invenciones y, en definitiva, una lección permanente. Les voy a poner un ejemplo. Aunque sólo sea de oídas, los más saben que la velocidad de un barco no se cuenta por kilómetros sino por nudos; pero, probablemente muy pocos sepan por qué. Cuando Miguel López M. nos explicó el objeto de una determinada cuerda (cabo), de una determinada longitud (150 brazas), con nudos situados a distancias periódicas entre sí (50 pies) y un contrapeso especial (corredera) en su extremo, nos asombró tanto el ingenio como la simplicidad del invento. Con el barco en movimiento, el cabo se echaba al mar y la corredera lo mantenía tenso. De este modo tan sencillo se ponía en relación la velocidad del barco con la cantidad de nudos visibles y el espacio recorrido. Así, el barco iría a tantos nudos como pudieran contarse en la superficie. Pero la lengua, fidedigna notaria de la realidad, no suele cambiar de expediente (nombre) por mucho que cambie el objeto; y, de la misma forma que seguimos llamando «pluma» a un objeto de escritorio que ya no pierde ningún ganso, seguiremos llamando «nudo» al concepto marinero de velocidad por más que hoy se mida de otra manera. Pero, al menos, sabremos por qué.

Nuestro alcalde, sensible e interesado por la constante mejora de Málaga, conoce este tesoro y sabe ya públicamente de nuestro apoyo. Pensamos que el Museo del Mar sería el complemento ideal a una deseable institución de estudios marinos que nos falta. Rescatar el pasado y presentarlo del mejor modo posible es ofrecer la base más sólida a una formación práctica de las generaciones futuras. Así como otros museos de «historias» proyectados para Málaga necesitan justificarse, este Museo del Mar que apoyamos viene con marchamo de autenticidad, pues es el ajuar natural de una hija del Mar.